



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Universidad de la Repùblica
Facultad de Psicología
Trabajo Final de Grado
Ensayo académico

Producción de Común y Políticas Públicas

Cartografía de la Casa Comunitaria de Promoción de Salud Mental

Autora: Sofía Sosa Pérez C.I 5.397.667-0
Tutora: Profa. Ag. Gabriela Etcheverry Catalogne
Revisora: Profa. Adj. Ana Carina Rodríguez

Octubre, 2025





UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

 Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Universidad de la República
Facultad de Psicología

**Producción de Común y Políticas Públicas
Cartografía de la Casa Comunitaria de Promoción de Salud Mental**

Trabajo Final de Grado
Ensayo académico

Autora: Sofía Sosa Pérez C.I 5.397.667-0

Tutora: Profa. Ag. Gabriela Etcheverry Catalogne

Revisora: Profa. Adj. Ana Carina Rodríguez

Octubre, 2025

Figura 1



Lucioles (Renata Siqueira Bueno, 2008), en *Supervivencia de las luciérnagas* de Georges Didi-Huberman (p. 38).

Índice

1. Introducirnos.....	5
1.1 Sobre este escrito y producirlo.....	5
1.2 Ensayos, ¿para qué? ¿desde dónde?.....	8
2. Acercamientos y familiarización.....	12
2.1 Sobre el Practicantado en Psicología.....	12
2.2 Sobre la Casa Comunitaria de Promoción de Salud Mental.....	15
2.3 La Casa como dispositivo.....	18
2.4 Espacio Adolescente.....	23
2.5 Trabajo, cuidado y espontaneidad.....	25
3. Sobre producción de común, salud mental y políticas públicas.....	28
3.1 Sobre producción de común.....	28
3.2 Producción comunal y salud mental en Uruguay.....	33
3.3 Los comunes en la Casa, ¿qué producen?.....	36
4. Trazos hacia aproximaciones finales.....	40
4.1 Sobre bienvenir las despedidas.....	40
4.2 Algunas pistas; el último en salir que apague la luz.....	42
Referencias Bibliográficas.....	45

1. Introducirnos.

1.1 Sobre este escrito y producirlo

“Pensar es soportar el desconsuelo de saber que lo que pensamos no alcanza para explicar lo que nos pasa... Pensar es, también, autorizarse a pensar. Darse la posibilidad de entrar en el decir” (Percia, M. 2002, p.11)

Este ensayo parte en sentidos varios. Por un lado, dar cuenta de un nuevo paso a la metanoia de la carrera en el marco de un trabajo final de grado. Además, diagramar recorridos discursivos y experienciales problematizando desde una perspectiva crítica las prácticas enmarcadas en el transcurso del Programa de Practicantado en Psicología (2024-2025).

Comienzo por esbozar líneas a partir de genealogías de mi recorrido. Siguiendo a Aliste Barrios (2021), quien retoma los aportes de Friedrich Nietzsche y Michel Foucault, introduciendo que la genealogía:

No remite a un principio, sino que los comienzos siempre son difusos, no tienen un punto común, un origen. Es un intento por mostrar cómo lo eterno en realidad es una experiencia histórica, es decir, la genealogía estudia la historicidad de lo eterno. (p. 33)

Por esto me es preciso colocar como objetivo visibilizar inconsistencias y sentires que, aunque no los pueda anticipar, en mayor o menor medida me sitúan en composición con formas ontológicas de estar y ser en el mundo. Me propongo hilvanar camino desde formaciones rizomáticas (Deleuze y Guattari, 1988), sin buscar construir un registro cronológico que imparta exactitudes y verdades. Preguntarme, ¿en qué condiciones logro

proponer una(s) postura(s) propias de mi convicción, ética y política? “La historia habla, la genealogía da voz” (Aliste Barrios, 2021, p. 35).

Escribir este trabajo se da en base a una coyuntura específica, una conjugación entre lo heredado y lo que se mantiene en sostenida producción y reproducción. Es necesario identificar cómo se pone en cuerpo ser mujer, joven, nieta, hija, hermana, estudiante, pasante, practicante, y demás formas de lo político que circulan y juegan en campo fértil cuando se parte desde el involucramiento y la sensibilidad. “Percibimos, con el cuerpo todo, que nuestro trabajo vale la pena en tanto necesitamos regenerar capacidades sensibles e intelectuales —actualmente rotas y segmentadas— para comprender el mundo desde la clave de la interdependencia.” (Gutiérrez Aguilar y Navarro Trujillo, 2019, p. 319)

Producir este trabajo se da en un tiempo que no es el mismo en el cual realizo la práctica, estando en el territorio, prestando cuerpo y escucha, dado lo significativamente exigente que fue eso. La escritura se potenció a partir de la culminación de ese período. Aguardar, dar tiempo, como forma de producir condiciones para habitar la práctica sin que el centro del quehacer sea el producir conocimiento al respecto, sino disponer para que suceda, pero desde otro lugar, en otro momento. Surge a raíz de dar espera a la escritura mientras estoy aún vinculada al practicantado. Anabel Lee Teles (2002) habla acerca de *¿Quiénes somos en este preciso momento?*, planteando que “si la realidad presente es única, lo nuevo *sólo será posible en un tiempo que no es éste*” (p.7) gracias a que: “la presencia de lo fugaz y lo efímero hace que las certezas se desmoronen y las prácticas cambien” (p. 6).

Sería una tarea sin final proponer la especificidad y amplitud de relatar exactamente todos los acontecimientos que ocurrían en el marco del practicantado, y por demás compleja hacer ese registro mientras me encontraba en la cotidianidad del dispositivo. Aunque no todo sea dicho en este ensayar, pretendo “poner a operar un modo de leer, la lectura sintomal, por la cual un texto no solo habla por lo que dice, sino también por lo que omite” (Fernández, 2021, p.49). Forman parte del mismo silencios, invisibilizaciones, aunque al momento de ser acercado al lector, hablen desde la intencionalidad de la ausencia.

El sutil disimulo u olvido selectivo de eventos que, querámoslo o no, cargamos en nosotras/os como historia personal, a modo de coloridos u oscuros estambres con los

cuales seguimos tejiendo el vasto lienzo de nuestra existencia; suele inhibir o dificultar una parte importante de nuestro propio crecimiento, del largo camino de aprendizaje y maduración personales que, en última instancia, es cada vida singular (Gutiérrez Aguilar, 2015, p. 15)

Busco mostrar múltiples entrecruzamientos donde danzan momentos, narrativas, acciones, instituciones, quehaceres, roles, transversalizaciones desde lo comunitario. Desnaturalizar lo dado, lo inmortalizado de lo eterno, invitar a la duda y la sospecha para problematizar los ejes del presente trabajo. La hermenéutica de la sospecha es planteada por Covarrubias (2017) como la construcción de un sostén no estático que nos oriente “a través del trepidante estado de la duda.” (p. 43)

Para esto, tomaré prestada voz, letra e imagen de diversidad de autores, actores, escritos, personas, compañeros, equipos, registros. Ramificaciones que espero lograr encauzar en formas y deformas cartográficas, experiencias de formación e investigación, troncos teóricos que posibiliten la pregunta: ¿Cómo pueden producirse sentidos entre la producción de común de las grupalidades y lo diagramado de las políticas públicas en salud mental?

Levantar el mapa, hacer una construcción cartográfica, trata de una producción rizomática, que siguiendo el 5° y 6° Principio de cartografía y de calcomanía desarrollado por Deleuze y Guattari (1988), no tienen por objetivo realizar un calco, una repetición, que imposibilita nuevas líneas de fuga, nuevas posibilidades, que limita a la producción de sentido, sino que “muy distinto es el rizoma, mapa y no calco” (p. 17). Mapear, cartografiar, las líneas, las formas, los colores, las texturas, que han hecho transitar de manera singular e irrepetible el recorrido formativo, siendo incapaz de realizarse un calco porque es inmanente al encuentro, inmanente al ser, a la experiencia, al movimiento, a la transformación, a la construcción. “El mapa no reproduce un inconsciente cerrado sobre sí mismo, lo construye” (p. 17)

Estos aportes que voy a ir utilizando dan pistas sobre cómo producir una cartografía; la cual se presenta como un método, pero en realidad ese es un posicionamiento político para marcar un territorio de posibilidades, se produce como posición respecto de un campo en el que trabajar, por tanto más que usar un método, da paso a realizar anudamientos con una forma de

pensar, estar, habitar, en este caso el practicantado. Hacer el mapa de cómo es lo que se produce en el común vivir de la Casa.

Desde esta perspectiva, el acto de conocer la realidad no es algo externo, sino un proceso vivo de construcción. Una práctica compartida en la cual el camino de la investigación-intervención no solo produce saber, sino que transforma a quien toma esa tarea, dialogando de manera inseparable el punto de vista de lo investigado y de quien investiga, conocer la realidad es acompañar su proceso de constitución, que no puede realizarse sin una inmersión en el plano de la experiencia. (De Barros y Passos, 2009, p. 30-31)

1.2 Ensayos, ¿para qué? ¿desde dónde?

Propongo desde aquí puntos de partida: *¿ensayos, para qué?* Para dar intento, desde ese intersticio, hacia un decir que resista.

Un ensayo podría transformarse en el ejercicio paradójico de una libertad esclava de sí misma. Autonomía ética, estética y política, pero, sintónicamente, dependencia presente de los antiguos intentos y concreciones inaugurales, con las que está más ligado cuanto menos lo sabe (De Brasi, 2008, p. 26)

Cuando la pregunta se acerca a una misma, con la pretensión de no pre establecer un devenir en el presente escrito, comenzar por preguntar “ensayos, *¿para qué?*” derivó no únicamente a más preguntas, sino respuestas simplistas que parecían dar por sentado que había de emerger *un ensayo*.

Comencé por truncar mi propia máquina de escribir, de pensar, cuando me di cuenta de que buscaba realizar un trabajo que fuera el hallazgo o la producción de conocimiento más significativa de mi formación. Un proceso complejo frente a la imposición propia de un deber ser, no solo de *un trabajo*, sino de una misma. “*¿Cómo sería entonces que este ensayo no devendría proyecto, monografía, análisis de caso? ¿No tratado, no texto doctrinario, no estudio, no artículo periodístico, no comentario?*” (De Brasi, 2008, p.25).

Cuando más me acercaba a la pregunta, comenzaba a reconocer que estaba habitando los *días del texto*, donde aquello que se transita “transcurre sin horas” (De Brasi, 2008, p.24) hasta que comencé a iluminar lo que rezagaba la producción, reconocer que no solo es ensayo por aquello que no es, como se mencionó previamente. Es ensayo en tanto campo que permite la fertilidad de la incertidumbre, la incomodidad y el pasaje por diagramas que trazan fronteras sobre las limitaciones del ensayar. Ensayos, ¿hasta dónde?

Los días de este escrito, de estos ensayares, no son más ni menos que pequeños registros de grandes movimientos los cuales no serían sino colectivos. Lo que voy poniendo a jugar, a circular, a resonar, son diálogos que han trazado cómo camino por la formación. Muchos aprendizajes se me han acercado desde docentes y bibliografías interesantes, y otros muchos aprendizajes han llegado por atreverme al intercambio con otros y otras que cariñosa y afectivamente me compartieron su saber.

¿Cómo podría dar respuesta a aquello que pretendo hacer conversar si el devenir del ensayo es principalmente descrito por lo que no es? ¿Cómo podría hacer un trabajo cartográfico que comienza una vez delimitada y segmentada su procedencia?

Ensayos desde la imposibilidad de construir un saber como totalitario, de generalizar la singularidad de lo que pueda crear y pensar. Intenciono que una vez me encuentre perdida en los rincones por los que voy a adentrarme, en los recovecos de las inquietudes que sacuden mi persona hoy, el desorden permita ser flujo de encuentro, para que cuando deba de buscarme, en estos párrafos se hallen partes no solo de mi, sino de todos ellos: afectos, instituciones, proposiciones políticas, libidinales e ideológicas, que hacen a esta escritura. Desde aquí, ensayos. Siendo entonces como menciona Vélez (1998) en el título de su artículo, *el más humano de los géneros*.

Ensayo para probar, para poder tener más de una posibilidad de navegar por los interrogantes que quiero compartir. Ensayo para no cerrar. Éste “posee las virtudes y magias propias del arte de la conversación, expresadas en su intención dialogante y la capacidad de expresar el flujo natural del pensamiento sin pretender establecer un nuevo sistema de conocimiento o asentar verdades definitivas” (Vélez, 2000, p. 8, como se citó en Angulo Marcial, 2013, p. 112). Por tanto, estimo recorrer con meticulosidad los usos del lenguaje de manera que las

veces que he de volver, pueda volver a zarpar. “El ensayo, cualquiera que sea la materia de que se ocupe, sobrevive mientras no pierda el carácter libre, imaginativo y personal” (Vélez, 1998, párr. 11)

La experiencia de tránsito por el practicantado, como desarrollo laboral formativo, toma vida en tres momentos, en tres pasajes; uno al momento de su planificación y postulación, otro a través del trabajo propiamente dicho, y un último momento que es vivir desde el recuerdo y la memoria lo habitado para producir conocimiento al respecto. El impacto en vida de la experiencia y la forma en la que busco poder escribir sobre ella puede entenderse tomando a Deleuze (2008) cuando refiere que la duración:

Es un estatuto de lo vivido extremadamente profundo. Porque desde ese momento ¿cómo hablar del pasaje, cómo hablar del pasaje de un estado a otro sin convertirlo en un estado? Eso va a plantear problemas de expresión, de estilo, de movimiento, todo tipo de problemas. (Clase VII, párr. 42)

Este trabajo irrumpre con interrogaciones como: ¿Urge? ¿Emerge? ¿Es emergencia porque emerge desde profundidades o emergencia porque es urgente? Si emerge de la profundidad, ¿qué lo mantenía cautivo en una linealidad abajo:inferioridad y qué lo hace emerger? Además, si es porque es urgente, ¿a quién le urge? ¿para quiénes o para qué urge su producción? Habitán en mi polisemias sobre dónde encauzar la urgencia del presente.

Emerge como aproximación sobre el finalizar el proceso de formación de grado en la Licenciatura en Psicología de la Universidad de la República, además de intencionar producciones de sentidos sobre recorridos impartidos en la Casa Comunitaria de Promoción de Salud Mental.¹

No parte de la búsqueda de una(s) respuesta(s), sino de proposiciones: ¿desde dónde pienso? ¿a quién interpela este pensamiento? Urge, sí, porque hay un deseo de elaborar, de escarbar, de entretejer sentidos. Emerge, sí, porque hay una profundidad que no es esencial, sino política: marcada por omisiones, por silencios, por formas de lo no dicho, donde la salud mental se relanza en pos de tomar nuevamente el foco desde el cual partir. Hilvanar este

¹ A partir de ahora será denominada la Casa.

trabajo no será, entonces, producir una verdad definitiva, sino acercar pequeños nudos, trazar aproximaciones, abrir preguntas que permitan dialogar con los sentidos que me atraviesan y que deseo problematizar.

Me he sentido habitada de palabras, objetivos, instituciones, contratos, expectativas, territorios, comunidades, ¿qué comunidades? ¿qué palabras? ¿cómo se producen éstas?

Trato por lo tanto de dar lugar a la tarea caótica y a su vez plena de hurgar, rasguñar, para así preguntar: ¿qué hace a nuestro(s) mundos? ¿qué otros podemos crear?

Para organizar y presentar un mapeo que permita ser leído de sur a norte y este a oeste, sugiero una serie de momentos para desarrollar este trabajo, pero invito a acercarse al mismo desde cualquiera de ellos.

En primera instancia, propongo una contextualización y primer acercamiento crítico a lo que es el practicantado y a la experiencia de la Casa situada en Colón.

En segunda instancia, busco aproximarnos a las vivencias de la Casa, desde el pensamiento crítico y la articulación teórica.

En tercer lugar, pretendo profundizar en lo que se entiende por producción de lo común y políticas públicas, dialogando estos aportes con el marco de la experiencia mencionada.

Finalmente, planteo consideraciones sobre estos esbozos que permitan dar pienso hacia *otras* formas políticas populares y comunales sobre salud mental.

2. Acercamientos y familiarización.

2.1 Sobre el Practicantado en Psicología

Este trabajo, cuyo origen no es posible señalar con precisión, pero sí su procedencia, tiene uno de sus cuencos situacionales marcados en mi participación en el Programa de Practicantado en Psicología (2024-2025) en convenio entre la Intendencia de Montevideo (IM) y la Facultad de Psicología (UdelaR).

El practicantado consta de prácticas pre-profesionales cuyos principales cometidos son la participación e inserción de estudiantes avanzados en la formación en procesos comunitarios y de organización territorial de diferentes espacios y dispositivos de las políticas sociales de

la IM, que contribuyen al desarrollo de estrategias de educación, promoción y prevención de salud mental comunitaria dirigidas a poblaciones vulnerabilizadas. Esto se realiza desde una perspectiva de salud integral, interseccional, interdisciplinaria e intersectorial. Teniendo como ejes transversales el enfoque de derechos humanos, la construcción de ciudadanía, el fortalecimiento de la participación social y el acceso a la cultura (Convenio IM-FP, 2021).

En este primer lineamiento sobre lo que es el practicantado ya se juegan tensiones las cuales no demoraron en ser de las primeras inquietudes que comenzamos a plantear en espacios de intercambio con compañeros y compañeras estudiantes; ¿Cuál es el rol que ocupamos para la Universidad de la República, para la Facultad de Psicología, para la Intendencia de Montevideo, para los dispositivos? ¿Cómo es producido el rol del estudiante?

Una de las problemáticas que introducen Giuliani y Montero (1998) explicitan la pregunta acerca de cómo se construye el rol de la psicología comunitaria, planteando que las herramientas metodológicas, teóricas y académicas no bastan para colaborar en la plena construcción de dicho rol. Las herramientas son algo necesario sí, mas no suficiente. Este rol y su acción práctica es construido en diálogos vastos entre lo teórico y académico, pero a su vez articula componentes como instituciones, recorridos personales y colectivos, por lo que es producido de manera sostenida y singular en el tiempo.

Mientras nos encontrábamos repensando y problematizando cuál era el rol de la psicología comunitaria y que sentidos tenía para los dispositivos de inserción que pudiéramos construir una perspectiva de trabajo comunitario, también se evidenciaba que para la Facultad de Psicología y para la IM nuestro rol oscilaba entre dos nomenclaturas diferentes, practicantes para unos y pasantes para otros. Esta diferenciación incidía significativamente en la posición dentro de las instituciones de las que formamos parte.

Los roles, asumidos y asignados, a la población estudiantil producían formas específicas de cómo posicionarnos en un determinado lugar de organización jerárquica de saber, hacer y ser, según para con quien fuese el intercambio, configurando formas particulares de habitar los diálogos y quehaceres. Acorde a expectativas, exigencias, pedidos, específicos y situados. Por lo tanto, además de lo señalado, no debe perderse de vista lo dinámico y móvil de esta construcción.

En vínculo a lo desplegado durante este primer momento del trabajo, ¿desde donde es posible generar intervenciones como estudiantes de psicología? ¿Cómo se producen las condiciones de posibilidad para esto?

Nos encontrábamos en una telaraña construida por imaginarios donde se jugaban límites vinculados a la construcción de un rol hegemónico y asistencialista específicamente sobre la(s) psicología(s), donde constituir desdoblamientos y problematizaciones sobre esto presentaba una oportunidad de amplitud hacia nuevas formas de trabajar para con la salud mental. Participar y ser recibida en equipos de trabajo para habitar y disponer de condiciones para que haya a veces encuentro, a veces grupalidad, a veces producción comunal, es mantener inquieto lo instituido (Manero Brito, R., Rodríguez, N., y Texeira, F., 2024) sobre el quehacer para así a veces reconfigurar, a veces reorganizar, a veces transformar, las cotidianidades y sentidos desde lo que nos es más común, la salud mental en comunidad;

A través de actividades comunitarias que promocionan el desarrollo de capacidades creativas colectivas, se abre la posibilidad de generar nuevas respuestas a las problemáticas existentes, propiciando el desarrollo de configuraciones creativas en la comunidad: huellas de acción o matrices desde donde poder abordar nuevas situaciones (Bang, 2013a, como se citó en Bang, 2014, p.116)

Todo esto era dispuesto y producido de una determinada manera por lo que era la Casa en ese momento, la IM en ese momento, la Facultad en ese momento, yo en ese momento, y yo ahora escribiendo esto. Presento el acto de escribir como campo de creación de narrativas de lo que fue, es y podrá ser producido como conocimiento a raíz de una experiencia.

Se presentaba el desafío de integrarse a equipos técnicos interdisciplinarios, lo que permitía bosquejar las complejidades de la interdisciplinariedad, intersectorialidad e interseccionalidad. Que a su vez, posibilitaba explorar las particularidades del trabajo en instituciones como la IM siendo necesaria la articulación con diversos actores: redes territoriales, instituciones, organizaciones de la sociedad civil y vecinos, lo que posibilita la oportunidad única de observar y participar en procesos complejos, multidimensionales y extendidos en el tiempo. Esto fortalece en el estudiante el desarrollo de un bagaje conceptual

y técnico que se ajuste a las realidades de los sujetos a quienes se dirigen las políticas públicas, desde una perspectiva de formación integral. Permite desarrollar una sensibilidad necesaria hacia los territorios, las demandas y las problemáticas de la población montevideana.

El practicantado también tiene una arista académica que posibilita cursar simultáneamente las prácticas de graduación y la formulación de proyectos que estudiantes de psicología deben transitar en el marco de la malla curricular de la formación. Frente a esto, se retoman en este trabajo retazos de aportes producidos en el durante de la experiencia, desde mesas de trabajo, conversatorios, talleres, formaciones, hasta diferentes intercambios y diálogos que formaron parte del proceso formativo.

Otra de sus aristas tiene que ver con que es una práctica remunerada que implica una carga horaria de 40 horas semanales de trabajo (25 horas de trabajo en los dispositivos y 15 horas de formación académica). Este supone una oferta académica intensiva que posibilita un contacto profundo con diversas problemáticas en la salud comunitaria. Es relevante mencionar que como práctica remunerada tanto para la Licenciatura (créditos) como para el trabajo formal (salario) podría ser una línea de pensamiento interesante cómo se producen desde el vamos ciertas captaciones del capital vuelto en ganancias, incluso en la educación.

2.2 Sobre la Casa Comunitaria de Promoción de Salud Mental

Este dispositivo fue inaugurado en noviembre de 2022; está ubicado en el barrio Colón, parte del municipio G de la ciudad de Montevideo. Surge a partir del diálogo entre el Departamento de Desarrollo Social (DDS) de la IM, la Red de Salud del Municipio G y diversos actores del territorio. Tiene como uno de sus objetivos principales “desarrollar propuestas que fortalezcan los procesos de integración social y autonomía de las personas, promoviendo los saberes y potencialidades personales y colectivas”. (Lineamientos Casa Comunitaria de Promoción de Salud Mental, 2023, p. 5). Lo cual resuena hacia los pilares fundantes que acompañan el proceso de transformación en el abordaje de la Salud Mental que se está dando en el país a partir de la Ley N° 19.529 (Uruguay, 2017)

Propone fortalecer la integración de las personas al territorio y la construcción de autonomía, con la pretensión de generar una referencia para con la comunidad a través del

acompañamiento y contención de la población en general, siendo así que la Casa no define requisitos, cupos o perfiles de ingreso para su participación (Burgueño y Ferreira, 2025). Para dar comienzo al proceso de integración se dispone de días específicos de recepción, donde se brinda un primer espacio de intercambio con quienes se acercan para ir construyendo, de manera artesanal y singular, a qué espacios y propuestas sumarse acorde a los intereses de las personas.

Las líneas de acción principales de la Casa son propuestas colectivas de talleres articulados con Esquinas de la Cultura, la Secretaría de Personas Mayores, o contrataciones específicas del dispositivo. Talleres como expresión plástica, teatro, ensamble musical, capoeira, huerta, coro, recreación, gimnasia, el espacio de comunicación: *comuni-casa*, la maestra comunitaria, espacio de biodanza, taller de arte, lenguaje y comunicación, además de un espacio autogestionado por las personas que participan de la Casa llamado ropero comunitario, hacen a la propuesta que sostuvo el dispositivo en el periodo de 2024 y parte del 2025.

Si bien todos los talleres tienen sus particularidades, hay una propuesta metodológica de la Casa que crea una base común para disponer de las dinámicas teniendo en cuenta dónde se están llevando adelante los espacios. Allí se plantean lineamientos para llevar adelante las condiciones deseables para lograr los objetivos del proyecto. En el mismo se conciben los talleres como “un espacio privilegiado para revalorizar el encuentro y la expresión como promotores de la salud.” (Casa Comunitaria de Promoción de Salud Mental, 2024, p.2)

Algunos elementos a considerar son: la integralidad del proyecto, apostando al trabajo conjunto con el equipo técnico gestando una construcción tanto de los talleristas y sus distintas proveniencias y formas del quehacer, con la Casa y sus propósitos. Además, que se pueda realizar la integración al taller de participantes en cualquier momento del año, identificando necesidades específicas para lograr que dicho proceso sea desde el acompañamiento.

Por otro lado, se realizan formaciones, sensibilizaciones y abordajes en distintas temáticas de salud mental, así como se fomenta la participación de las personas en espacios de gestión colectiva (Burgueño y Ferreira, 2025) en formato de plenarios.

La Casa procura la construcción de redes comunitarias; en este sentido, mensualmente se participa de encuentros interinstitucionales e inter organizacionales como el Nodo Educativo Adolescente, la Red de Primera Infancia, la Red Salud Mental Adolescente, Red Salud del Municipio, Junta Local de Drogas.

Asimismo, se articula en conjunto con otras organizaciones realizando talleres vinculados a la promoción de la salud mental, donde se generan propuestas en conjunto con quienes se acercan al espacio. Durante el periodo del practicantado se realizaron talleres en el Castillo Idiarte Borda, la Cooperativa El Abrojo, la escuela N°50, todos en relación con la salud mental aunque orientados específicamente a temas como los vínculos sexoafectivos, herramientas frente a situaciones donde se expresan ideas de muerte o malestares, entre otros.

El dispositivo es sostenido a nivel técnico por diversas disciplinas como educación social, trabajo social, medicina familiar y comunitaria, psicología, además de estudiantes de diversas facultades y formaciones, quienes colaboran en las formas de trabajo siguiendo con el Art. 19 de la Ley N° 19.529 donde se establece que “la atención en salud mental estará a cargo de equipos interdisciplinarios, en todos los niveles de atención, integrados por profesionales, técnicos y otros trabajadores de la salud con competencia en la materia.”

En este sentido, el equipo de trabajo acompaña el desarrollo de trayectorias singulares de quienes participan de la Casa a través de entrevistas enmarcadas en procesos de escucha, donde orientamos y referimos a partir de encuentros pautados tanto por pedido de los participantes como por parte del equipo; el centro del trabajo no está dado en la atención a la salud. La propuesta no niega los dispositivos médicos de atención, sino que busca complementar y aportar a los procesos de salud de las personas.

Posterior a estos encuentros realizamos consideraciones y puestas a punto en reuniones semanales de equipo, para potenciar el trabajo de forma integrada en relación con los objetivos del trabajo interdisciplinario.

Se considera que el trabajo desde una perspectiva interdisciplinaria implica no solo el uso de una herramienta de posicionamiento que posibilita un trabajo mayormente amplio y abarcativo frente a las demandas heterogéneas del territorio, sino que conlleva ciertas dificultades al momento de “bajar” los lineamientos teóricos de los que venimos al momento

de la práctica en el campo siendo que: “implica no sólo el intercambio entre diferentes áreas de saber, sino la crítica interna de variadas regiones de una disciplina que, al transversalizarse con otros saberes, pone en interrogación muchas de sus certezas.” (Fernández, 2009, p.29)

Al hacer circular y prestar nuestros conocimientos para ser moldeados, movilizados, criticados y problematizados como disciplina se producen procesos de trabajo no siempre armoniosos; sin embargo importa enunciarlos para dar cuenta de que en la particularidad del trabajo que realizamos las tensiones disciplinarias vuelven porosos los intercambios y permiten dar flujo a otras formas de diálogo que alejan la jerarquía de saberes; se trata de un trabajo conjunto de decisiones y comunicación que permite llevar adelante el funcionamiento del dispositivo. “Dado que no se trata de tomar la experiencia como espacio de comprobación o aplicación de sus saberes instituidos, se intentará experimentar con las nociones, atravesando las fronteras de los sentidos comunes de las territorializaciones disciplinarias”. (Fernández, 2009, p.31)

2.3 La Casa como dispositivo

¿Qué se entiende acá como dispositivo? ¿Qué pistas nos ayudan a pensar la Casa como tal? Como expresa Deleuze (1990):

Desenmarañar las líneas de un dispositivo es en cada caso levantar un mapa, cartografiar, recorrer tierras desconocidas, y eso es lo que Foucault llama el “trabajo en el terreno” Hay que instalarse en las líneas mismas, que no se contentan solo con componer un dispositivo, sino que lo atraviesan y lo arrastran, de norte a sur, de este a oeste o en diagonal. (p. 155)

Movernos frente lo dicho—y lo no dicho— resulta en un llamado a no apurar desesperanzas al saber que hay cosas que se nos escapan, sino que trata un primer alumbramiento de los usos del lenguaje que nos aproxima a tomar una postura de sospecha, de inquietud.

En la madeja que hace a la Casa, se producen ciertas líneas de enunciación y visibilidad las cuales también danzan junto a aspectos invisibilizados del dispositivo, siendo una de las principales dinámicas que ha pasado por un proceso de problematización intenso en el marco de las producciones académicas realizadas en el practicantado, que la Casa sea puertas abiertas.

Pensar sobre esto me permitió adentrarme y mirar de una cierta forma los primeros nudos y tensiones que empezaba a identificar en el dispositivo; pareciera, y así lo definimos en instancia de la familiarización, que la Casa puertas abiertas era para todas las personas. En contraste con ello, en los trabajos finales del proceso del practicantado, se observaron movimientos hacia nuevas problematizaciones, donde se identificó que puertas abiertas diagrama más que un espacio físico: una forma de trabajo que integraba silencios, presencias, de una forma amplia, quedando en líneas de lo no dicho las vicisitudes de lo abierto.

Puertas abiertas no significa todos, todo el tiempo, de cualquier forma, sino que encuadraba un quehacer que no debía perder su para qué, su motivo, para no desarmar la esencia del propio proyecto de la Casa. Por esto, es que el punto de partida para este apartado se sostiene en una pregunta que establece Fernández (2007):

¿Cómo de un campo de disponibilidades de significancia - institucional - social - histórico - se produce, en nuestro caso, en una actividad grupal, en un momento y no en otro, en alguien y no en cualquiera, en algunos y no en todos, una singularidad de sentido? (p. 27-28)

Es decir, cómo colocar la Casa como campo de disponibilidades de significancia nos habilita a pensar las construcciones de sentidos y significados singulares vinculados a la salud mental que transversalizan ese espacio.

En primer lugar, propongo la tarea de desnaturalizar que ese espacio es dado, un lugar que se tiene a disposición; tomando a De Brasi (1995), se trata de que la Casa no es algo que se pueda poseer o tomar, sino que es producida, cosa que él ejemplifica tomando a Foucault cuando se refiere a que el poder no se tiene, sino que se ejerce. La Casa, no es dada

esencialmente, sino que se ha construido y en medida que eso se ha realizado, también ha construido y producido formas de pensar, hacer y ser de quienes participan. Se brinda un espacio físico, pero que carga con producciones que desde los grupos, encuentros y dinámicas, hacen al lugar.

En esto es que podemos pensar que la Casa es porque hay un otro que le da su lugar de existencia: desde esa potencialidad de producción en tanto dispositivo genera espacios que permiten dinámicas de participación e inclusión, como cuerpo colectivo en constante movimiento, donde cada pliegue contiene, refleja y reconfigura a los demás.

Pensar en términos de dispositivo implica deslindarnos de una idea de intervención vinculada a aplicar una técnica que hará que algo funcione o se arregle. Esta noción nos lleva necesariamente a pensar de otro modo, a proponernos un punto de vista distinto a la primacía de la técnica como trascendente, portada por unos pocos quienes pueden resolver problemas en un campo determinado. Permite pensar en una multiplicidad de elementos que componen un ovillo que cumple una función político estratégica de diagramar formaciones subjetivas (Deleuze, 1990), y por lo tanto de orientar el deseo y de producir sentidos para con las personas. Este acercamiento ubica a la Casa como dispositivo socio histórico de producción de realidad en torno a cómo las personas piensan su salud. Unos modos de abordajes que se inscriben en un desplazamiento necesario en las concepciones de salud mental, alejándose de modelos centrados en la patologización, los diagnósticos y el encierro.

Tomamos entonces los planteos de Gil (2020), “además de saber cómo no queremos vivir, es necesario empezar a preguntar: ¿cómo sería una vida que merezca la pena ser vivida?” (p. 221). Pregunta que transversaliza nuestros espacios y se vuelve faro para el trabajo: promover la grupalidad, cuidar lo singular, reconocer y trabajar desde la diferencia, habilitar otras formas para con la salud mental no desde la falta, sino desde el deseo, los afectos y el encuentro.

Preguntar ¿quiénes son las personas que llegan puertas abiertas? vuelve necesario pensar cómo construir una posición donde no nos anticipemos a un único modelo preexistente de participación-inclusión, siendo en esta línea que quienes participan de los espacios de la Casa en sus múltiples anudamientos habitan su vida desde consumos problemáticos de sustancias, situaciones de vida en calle, relaciones conflictivas con los tratamientos medicamentosos,

dificultades en el sostén de redes vinculares, recorridos iatrogeneizantes entre los prestadores de salud, entre otras problemáticas. Estas dimensiones señaladas conviven con el disfrute y la vida, en ocasiones de manera enmarañada.

Habrá que pensar las transformaciones de los cuerpos y sus dominios en el paso de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control. Transversalizar la problemática del cuerpo es abrir la reflexión a la dimensión política de los cuerpos. Los cuerpos de la guerra, de la revuelta, de la represión. Restos de cuerpos en masa, no siempre computabilizados, amontonados o convertidos en máquinas y tecnologías de muerte. Cuerpos mutilados, muertos, sobrevivientes. Cuerpos errantes de los exilios y destierros, enfermos de nostalgia. Cuerpos intervenidos por Estados que planifican su nacimiento y su muerte, que organizan o desorganizan sus estrategias frente a los cuerpos de los viejos, los niños, las mujeres. Mujeres para las que aún hoy sólo se piensa su cuerpo-madre. Hombres para los que ya no importa su cuerpo-trabajo. Cuerpos estallados en las violencias domésticas, cuerpos saturados de sustancias que ya no buscan ninguna experiencia que explore otros estados, sino que se consumen y revientan en excesos propiciados. (Fernández, 2007, p.265)

Entonces, se vuelve esencial la tarea de lograr elucidar y echar luz sobre las diversas problemáticas que están presentes en cada una de las personas desde, para y conjunto a la comunidad, buscando “hacer visibles las múltiples redes de dominios y sujetaciones, y de resistencias e invenciones de los subalternos y de los dominantes en las construcciones de sus identidades como diferencias desigualadas” (Fernández, 2009, p.26), apartándonos de juicios e imaginarios previos que puedan condicionar nuestro accionar bajo las líneas de promoción de salud mental resultando en la invisibilización sobre las vidas de las personas y sus entramados.

Donde además, apostar a “encontrar y reconocer mejor la base de las diferencias existentes entre la gente y negociar cómo se expresan estas diferencias cuando se construyen políticas

grupales” (Crenshaw, 1991, p. 120) exige de reconocer la multiplicidad y diversidad de intersecciones que hacen cada vida singular.

Torres (2013) plantea que lo que se encuentra en juego con lo comunitario en latinoamerica dialoga con el potencial emancipador de lo comunitario reivindicado por diferentes prácticas, procesos asociativos y movimientos sociales, diferenciando al proceso regional de los realizados en otros continentes; “lo que aparece como novedoso en nuestro continente, es la persistencia, la proliferación y emergencia de diversas expresiones de acción colectivas que son impulsadas en nombre de la comunidad” (p.21)

La creciente preocupación intelectual por la comunidad, junto a la reactivación de demandas, reivindicaciones, prácticas, proyectos y utopías comunitarias, es trabajada por Basail (2010) a partir del análisis de la propuesta de Marinas (2006) quien denomina como *síntoma comunitario* a:

un fenómeno moral y político constituido por identificaciones a valores alusivos directamente a la pervivencia/producción de formas de vinculación con exigencias éticas y políticas; es decir, espacios de solidaridad e interacción añorados y presentes en las sociedades del siglo XXI (Basail Rodriguez, 2010, p.261)

La resistencia y la emergencia de lo comunitario en diversos territorios no debe ser pensado como un síntoma a ser curado, sino como un desafío político. Cuando hablamos de encuentros, de emergencias, de urgencias, de violencias, hablamos de personas, de sujetos de derecho que están rodeados de lógicas asilares que posicionan jerárquicamente inferiores los saberes, las prácticas, los sentidos, que construyen, haciendo enraizar complejidades sobre sus cuerpos dejándoles sin posibilidad de construcción de estrategias que difieran del aislamiento y la inseguridad.

El objetivo y desafío radica en promover espacios de bienestar y disfrute, reconociendo la multiplicidad de pliegues que habitan cada experiencia. Algunos elucidados previamente como las grupalidades con sus diferencias y heteronomías en las formas de participar, son construcciones procesuales, dinámicas y muy cambiantes.

Una se ve inmersa en la cotidianeidad de diversos espacios de integración para con personas, tramando un rol que no asume quietudes. Por el contrario, diariamente desafía a repensar y rehacer las propias prácticas para poder flexibilizarse a las dinámicas y movimientos propios de los encuentros.

El trabajo con quienes llegan, es también con quienes no, por lo que contar con espacios de grupalidad expresiva:creativa, es contar con silencios, con ausencias, con voces, con recuerdos, con trayectorias de vida que transitan procesos de significación y singularización desde el cuidado de su salud.

¿Qué significaría desde esta óptica cuidar la vida: a qué tipo de relación con el universo humano y no humano nos convoca? En otras palabras, ¿cuáles son los diferentes sentidos encerrados en el concepto «vida», cuáles queremos desplegar y por los que merece la pena batallar colectivamente? (Gil, S. 2020, p. 250)

2.4 Espacio Adolescente

En pos de poder desplegar la discusión previamente planteada sobre la construcción de espacios de bienestar y disfrute que reconozcan la multiplicidad de experiencias, es que tomaré como insumo los espacios de participación colectiva de la Casa, partiendo de que si la intervención antes que un problema técnico es un problema ético y político es porque enlaza con fuerzas de poder que lo constituyen de una determinada manera, entonces va a ser necesario elucidar líneas que permitan permeabilizar las estructuras propias de los análisis institucionales, situándonos en preguntas contextuadas. ¿Qué pasa en los espacios grupales con la Casa abierta? ¿Cómo se trabaja desde los sentidos e imaginarios sobre la salud mental de los sujetos? ¿Cómo generamos proposiciones frente a los límites? ¿Quiénes son las personas que llegan?

En el proceso dentro de la Casa, identificamos que las adolescencias constituyen unas de las poblaciones con menor participación y adherencia a las propuestas. Esta observación, sostenida en el tiempo y compartida por el equipo, nos llevó a reconocer la necesidad de revisar el modo en que se vinculaba el dispositivo con las adolescencias del territorio. A

partir de esto es que presentamos en el proyecto de intervención del practicantado promover espacios de bienestar y participación de las adolescencias en clave comunitaria como uno de los objetivos específicos.

En este marco, durante el verano planificamos y llevamos adelante el Espacio Adolescentes, pensado principalmente como lugar de encuentro, expresión y construcción colectiva. Durante una de las actividades realizadas se presentó la consigna de construir en conjunto una producción tomando imágenes, recortes, y demás materiales desde las preguntas: ¿qué cosas nos gustan? ¿Qué cosas no nos gustan? Buscando generar un espacio para intercambiar y dialogar, donde se pudieran reconocer tanto los puntos en común como diferencias.

Una parte del intercambio se desarrolló a partir de un recorte de un mapa de los barrios comprendidos en el municipio G de Montevideo. Dicho mapa fue intervenido en el espacio de "cosas que no nos gustan", un punto en el que las adolescencias coincidían, proponiendo ubicar sus casas en el mapa. Esta construcción colectiva es una de las formas en las que se han podido desplegar expresiones sobre cómo los acontecimientos del territorio diagraman formas singulares de participación.

Durante este año de trabajo en la Casa el barrio se tiñó de noticias varias, las cuales se transmitían no solo por medios de comunicación, sino desde las narrativas y afectaciones de los participantes. Esto no es ajeno a las dinámicas de los grupos del dispositivo, pues generaba afectos en las formas de participación de las personas en el espacio de la Casa, donde las preocupaciones y ocupaciones sobre la salud mental circulaban en un vínculo íntimo con la cotidianidad.

En lo que hace al territorio durante el periodo de práctica, con el propósito de acentuar la importancia e imbricamiento político que tiene esta propuesta con el barrio, se pueden mencionar acontecimientos significativos como: la ocupación del liceo N°9 de Colón en reclamo de medidas de seguridad ante reiterados hechos de violentos (La Diaria, 17 de junio, 2024), junto con diversos episodios de homicidios y violencia policial hacia menores, evidenciando la conflictividad territorial. Entre ellos un caso de triple homicidio en el que las víctimas fueron dos adolescentes de 17 y 18 años (La Diaria, 12 de agosto, 2024); así como la imputación por homicidio a una funcionaria policial que dio muerte a un adolescente de 14 años (La Diaria, 14 de noviembre, 2024).

En el último encuentro realizamos un collage bajo la consigna de poder plasmar en un papelógrafo resonancias que cada participante llevaba de los días compartidos. Allí surgió:

*“Soleado, pelo mojado.
Tarde calurosa y
emoción en mano
Fresco lugar,
gente peculiar.
Hablar nos hace mejorar.
Hablar sirve para sanar.
Hablamos de salud mental.
El futuro y el pasado
suelen molestar
Espacio adolescente lo
suelen llamar”*

La salud ha sido históricamente construida en una relación binaria con la enfermedad y viceversa, siendo una forma dicotómica que delimita modos de producir subjetividad y de intervenir. Sin embargo, esta relación comienza a desbordar cuando la salud se comprende no sólo como ausencia de enfermedad, sino en clave de potencia, de disfrute, de posibilidad. Como plantea Deleuze (1990), los dispositivos “son máquinas para hacer ver y para hacer hablar” (p. 155), y en este sentido la Casa se constituye como un dispositivo que permite decir, pensar y ver otras formas posibles de salud. Siguiendo a Fernández (2009), se tratará entonces de “elucidar los dispositivos biopolíticos (Foucault, 2007) que construyen esas identidades de esa manera y no de otra.” (p.26), para desandar modos normativos en los que cuerpos, voces y experiencias han sido silenciadas, impensadas y medicalizadas.

El espacio adolescente construyó sentidos desde la promoción, el lazo y la narrativa compartida. Moviéndonos hacia paradigmas de salud donde no solo se trata de un proceso acumulativo de experiencias previas sino de tratar de capitalizar las narrativas sobre la salud mental para abrir paso a nuevos campos de abordaje, donde en el centro están las personas, porque como es expresado en el poema: “hablar sirve para sanar” (*Material no publicado, Espacio Adolescente, 2024*).

2.5 Trabajo, cuidado y espontaneidad

Nos encontramos viviendo lo que Segato (2018) llama pedagogía de la crueldad, donde las formas con que construimos vínculos promueven la hostilidad y estigmatización hacia el otro, desvalorizando lo que nos es común: la vida. “La crueldad habitual es directamente proporcional a formas de gozo narcisístico y consumista, y al aislamiento de los ciudadanos mediante su desensibilización al sufrimiento de los otros” (p.11)

Ulloa (2005) plantea tres suministros básicos para habitar la ternura haciendo frente al contexto actual: “el abrigo, el alimento y el buen trato” (p.2). Siendo que hablar de vida digna de ser vivida, o en este caso hablar de ternura, no solo trata del acceso al trabajo y la vivienda que son aspectos fundamentales, sino la inclusión a espacios donde se vuelve urgente reivindicar el cuidado en los lazos sociales.

Durante el trabajo en la Casa, emergían situaciones por fuera de los espacios de intervención – como los talleres, los plenarios, las entrevistas — que demandaban un acercamiento y primera escucha urgente del equipo. Estas escenas del cotidiano aparecían de manera inesperada, muchas veces marcadas por la búsqueda de un primer espacio donde llegar frente a la emergencia de malestares.

Este tipo de situaciones ponía en evidencia que el dispositivo no solo era el lugar donde las personas podían hacer actividades específicas durante la semana, sino que oficiaba de referencia en el territorio, alojando y reconociendo que lo espontáneo también era parte del entramado de la Casa.

En este marco, es posible identificar que se producía una primera dimensión que llamaré la espontaneidad cuidada en el trabajo, entendida como la apertura del dispositivo hacia construir condiciones de posibilidad necesarias para recibir los emergentes de las personas. Los malestares estaban presentes, muchas veces en la plaza Vidiella, o en los centros educativos aledaños; siguiendo a Cristina Vega (2020) “es en el espacio social en tanto configuración dinámica de “lo no previsto” donde se advierten ensayos que expanden las constricciones que imprime el sistema de salud cuando dialoga en lo local.” (p.103). En este sentido, la Casa se consolidaba como referencia en el territorio para las personas que se

reconocían involucradas en situaciones de vulnerabilización como descompensaciones, ideas o intentos de autoeliminación, consumo problemático de sustancias, malestares.

En simultáneo, se ponía en juego una segunda dimensión: el trabajo cuidado en la espontaneidad. Esto implicaba que el equipo de trabajo del dispositivo habilitara la escucha y el sostén, la forma con la cual desde el equipo buscábamos colaborativamente dar espacio, no de cualquier forma, sino apoyándonos en los lineamientos del proyecto de la Casa. Nos preguntábamos de manera situada y singular: ¿quienes pueden recibir la situación? ¿en qué espacio de la Casa? ¿Es necesario articular con otros dispositivos? ¿Con qué herramientas contamos aquí y ahora? Estas preguntas no nos brindaban una receta preexistente y única de cómo abordar cada emergente, sino que se trataba de reinventar las formas de abordarlos en cada caso.

Por consiguiente, estas preguntas no buscaban colocar sobre las personas una respuesta cargada de sentidos que no le son propios a los sujetos, sino que tenía el afán de poner como centro la comunidad, entendiendo que la tarea del equipo es en tanto colaborador o participante en la toma de las decisiones que se adoptan sobre la salud de los participantes —una salud de la cual la comunidad se adueña, en instancia, porque es su salud. (Saforcada, 2010, p. 56)

Ambas dimensiones se entrelazaban en el hacer cotidiano de la Casa; se nos presentaba pensar desde un posicionamiento metodológico como lo es el Mét-odhos (Fernández, 2007), no como la mera aplicación de técnicas, sino como un(os) modos de transitar y trazar caminos posibles de intervención, ya que “en el camino se va armando método” (p.30). En este sentido, lo metodológico no se instala como algo dado de antemano, sino que se relanza en la medida que se abre hacia un campo de problemáticas. Como lo describe la autora, un trazado de circuitos de problematización recursiva donde se genera una dinámica de equipo que posibilita pensar un campo de problemas partiendo de un pensar desde la elucidación y la indagación de las condiciones en las que se constituye la vida.

Hace sentido en estos momentos pensar en la caja de herramientas (Fernández, 2007), donde se reconocen dos premisas básicas; una es no tomar lo que traigan teorías o autores como relatos totalizadores o verdades absolutas, sino buscar formas que nos dejen construir

instrumentos para pensar las problemáticas que llegan. Y otra es que este proceso debe realizarse gradualmente a partir de la elucidación de situaciones específicas, es decir, que el trabajo teórico no debe separarse de la práctica concreta, sino que se deben construir estrategias de pensamiento, interrogar los problemas que las teorizaciones han hecho posibles. Lo metodológico, entonces, no es un mapa previo, sino una orientación o guía que se traza en medida que se habita, en prácticas, trabajos, decisiones, acercamientos, límites, que anudan la sensibilidad, cuidado y pensamiento crítico, “pensar lo que se hace y saber lo que se piensa” (p. 32)

3. Sobre producción de común, salud mental y políticas públicas

3.1 Sobre producción de común

Este apartado lo presento como invitación al acto de acompañarme a volver sobre mis experiencias, para así poder trazar algunas inquietudes presentadas con el primer acercamiento a lo común, que se me presentaron en el marco de la 10^a Conferencia Internacional de Psicología Comunitaria cuya premisa exclamaba: “reinventar la vida en común en el contexto socio-político actual” (*Reinventar lo común*, 2024)

Saliendo de la mesa redonda “Formas de resistencia y expresiones colectivas emergentes” llevada adelante por Gerardo Sarachu, Raquel Gutiérrez y James Ferreira Moura, se presentó en mí una nueva visibilización sobre una limitación que me generaba inquietudes. Las pocas cuadras que caminé en retirada de ese espacio no solo presentaba para mi un trecho de adoquines, tierras, pequeños florecimientos que escapaban al cemento y algunos cuantos pequeños y no tan pequeños baches, sino que empezaba a anidarse un recorrido crítico y extenso donde se expresaba algo así como: sí, las intersecciones nos sirven para realizar diagnósticos situados de diversos puntos de encuentro entre no solo categorías, sino formas de vida, ¿Qué pasa entre estas intersecciones, que es lo que hay en el medio? ¿Cómo se organiza la vida en el entre? Introduciendo el pensar y conversar sobre qué era lo que se entendía como “las luchas”.

Una profunda movilización me llevaba a pensar nuevamente dónde estaba parada al momento de ser y hacer en los espacios por los que transitaba, entendiendo que tenía una nueva luz que

ampliaba mi visión periférica de las cosas a las cuales le depositaba mi mirar. En este sentido de intriga es que participo como oyente del curso “Entramados comunitarios y producción de lo común” a cargo de la Dra. Raquel Gutiérrez, Dra. Anabel Rieiro y Dr. Diego Castro, en el marco de la Maestría de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Udelar.

Rescatando algunas claves para pensar las miradas actuales sobre lo común, las comunidades y lazos de resistencia compartidas en la experiencia del curso, se vuelve imprescindible volver sobre ¿qué tiempos son estos?

Una forma de ponernos en contexto es pensar desde el capital, pero entendido como relación social, es decir, el capital como una manera de organizar el mundo social, a través de sistemáticos y cada vez más grandes flujos de trabajo abstracto, o mejor dicho, como flujos de trabajo abstractalizados. Son ejemplos de ello las preguntas: ¿quién hizo la camisa que tengo puesta? ¿quién sabe? ¡Ay, llegó de tal lugar! Vivimos en flujos de trabajo, que se vieron transformados con la pandemia, al verse interrumpidos produciendo sentidos afines a la sensación de desconcierto, ¿Qué va a pasar? ¿Qué va a pasar en términos de nuestro estado de salud inmediato? ¿Qué va a pasar si todo esto se interrumpe? Que también se acompañaba de preguntas concretas como ¿qué vamos a comer? ¿cómo voy a hacer para trabajar? Cuestiones que impactan en los determinantes de la salud de las personas, particularmente en la salud mental.

La Casa abre sus puertas en un momento de salida de la pandemia, en un contexto donde los modos de vida se encontraban trastocados, donde los lazos sociales, las cotidianidades, se vieron profundamente alterados. En ese pasaje y reconfiguración, contar con un espacio que no solo permite la contención sino propone otros modos de estar juntos, de encuentro, se vuelve fundamental.

La Casa se constituye como dispositivo que tensiona la forma en la que el capital organiza nuestros afectos, nuestras redes, nuestra salud. Las condiciones en las que se dispone para que haya encuentro ilustran una suerte de democratización de la salud mental. Abrir las puertas del dispositivo implicaba, entonces, un gesto político: la potencia de tomar una posición frente a un orden que insiste en poner en el centro el capital, no la vida, reproduciendo las violencias estructurales que durante la pandemia se evidenciaron con mayor crudeza.

Siguiendo a Desviat (en Amarante, 2015) “La tarea hoy sigue siendo —y más necesaria que nunca— profundizar en el conocimiento, investigar y trabajar en una praxis técnico-política que nos permita mantener núcleos de resistencia y avance en el desarrollo de la salud mental colectiva.” (prólogo)

Mencionar los trabajos abstractos y concretos tiene sentido para explicar de qué hablamos cuando hablamos del contexto sociopolítico actual, porque hace parte de las formas de organización social que priman sobre los territorios, donde la relación al capital, a su producción, instaura modos de vivir con otros. Colón no queda fuera de esto, históricamente vinculado al trabajo en las viñas y al ferrocarril, fundamental en la identidad del territorio, visible también en la Casa en el mural realizado por el taller de expresión plástica quien intervino una parte del patio con diversas elaboraciones artísticas con objetos como el monumento de la plaza Vidiella, las vías del tren, racimos de uvas, entre otros, como significativos sobre la identidad del barrio.

El capitalismo perpetúa formas de producir sentidos, afectos, deseos, ideas, de una determinada manera, como lo presenta Berardi (2011) quien le llama semiocapitalismo a estos diálogos donde la distribución de lo económico se apropiá de la construcción de singularidad y subjetividad, construyendo unas determinadas formas de vida, marcando principalmente cómo nos organizamos vinculado al capital.

Nos encontramos atrapados en medio de estos conjuntos de flujos de trabajo abstracto, en medio de los cuales, en ocasiones, logramos establecer acuerdos para producir comunes, estables en el tiempo. Nos comprometemos con y ante otros en un conjunto de tareas que no son exactamente tareas libres o dadas y nos ponemos a reorganizar maneras en las que cierto trabajo concreto fluya, o flujos de trabajo concreto tensados en medio de flujos de trabajo abstracto. Plantear que existen dinámicas propias de cómo se producen flujos de trabajo tiene sentido en tanto permite hacer un posible acercamiento para empezar a pensar a qué se refiere cuando se habla de lo común. ¿se encuentra inscripto dentro de las dinámicas mencionadas?, ¿hay una forma de diferenciar lo común “por fuera” de esto? Esta dificultad es una de las puntualizaciones que hace complejo el poder establecer ¿qué es lo común?

Cuando refiero a lo común, me es necesario volver a problematizar que no es algo dado, sino que es producido de una determinada manera en un determinado momento. Se establece en contraposición a las tradiciones económicas que adjudican lo común como algo que es exclusivamente un recurso compartido o un bien poseído, “nuestro acercamiento a la comprensión de lo común parte de una premisa fundamental: lo común se produce” (Linsalata, 2019, p.114).

No refiere únicamente a bienes materiales, tangibles y compartidos. Implica una cadena de relaciones sociales de colaboración y asociativas, desde donde se crean las condiciones de posibilidad necesarias para que vínculos de unos con otros establezcan fines compartidos.

Esos fines están orientados a la reproducción y sostenibilidad de la vida. A la construcción de alternativas frente problemas y necesidades que, en un mundo mediado y moldeado por el capital y dinámicas vinculadas al trabajo, diagraman una forma de cotidianidad que es transversalizada por violencias y fragmentaciones, por relaciones mercantiles que no tienen el foco en la reproducción de la vida, sino en la acumulación del capital.

Entonces, “¿son posibles otras formas de organización y reproducción de la vida social más satisfactorias respecto a los modos de existencia impuestos por el mundo moderno y capitalista?” (Gutiérrez, Navarro y Linsalata, 2016, p. 377) ¿es posible identificar algunas formas de esto en la Casa?

En cierto sentido, el producir común se inscribe en un conjunto de relaciones permanentemente antagónicas en muchos y diversos planos. Un antagonismo múltiple en términos de los modos de hacer y ser en el mundo. Y eso habilita una comprensión más extensa y abarcativa de los modos que se ponen en juego en lo que luego se presentará como lucha. Permite ir viendo y significando de una manera distinta este conjunto inmenso de esfuerzos que se van tejiendo entre los colectivos y grupalidades.

Ahora, volvamos sobre el capital para señalar una arista que también considero importante para pensar nuestros tiempos. Podríamos situar que nos encontramos en un momento de aceleración y ampliación en cuanto a su producción. Eso que habitualmente se llama crecimiento, y se nos presenta como la forma de salir adelante, instaurando una dinámica

causal: como ya hay crecimiento, nos va a ir mejor. ¿Crecimiento para quién? ¿Crecimiento cómo? Esto genera afectos en los sujetos, ya que articula formas de ser en el mundo que giran en torno a la productividad y al servicio, la energía de vida puesta al orden de la producción y reproducción maquinaria del capital como fin.

En esto Gutiérrez, Navarro y Linsalata (2016) dan cuenta del proceso histórico de escisión de lo que ellas llamarán medios de existencia para la reproducción de la vida, poniéndolos a disposición como fuerza de trabajo, proceso de fragmentación propio del crecimiento antes mencionado, fortalecido por el “debilitamiento, desarticulación y destrucción de todos aquellos entramados comunitarios que garantizaban la existencia” (p. 383) quedando sujetados a las lógicas mercantiles. “La producción de común se funda siempre en un nosotros simultáneamente heredado y producido que emerge desde un sentido práctico de inclusión” (p. 389), por lo que volver sobre la Casa como dispositivo de puertas abiertas es esencial para problematizar su capacidad de permitir la participación y la diversidad de ésta, produciendo dinámicas de inclusión en la bienvenida de quienes forman los distintos grupos del espacio.

Parto el trabajo desde la idea de que lo que se entiende por grupo no agota su construcción a reproducir las formas y significados que la sociedad ha instituido históricamente, apreciación que reduce la potencialidad de las grupalidades homogeneizando su singularidad colectiva a un todo social que le preexiste. Sino que hay atravesamientos que diagraman cómo se hila la historia común de cada grupalidad, transversalizaciones socio históricas, económicas, institucionales, además de identificaciones y deseos (Fernández, 2007)

De Brasi (1995) señala “el grupo para nosotros es uno plegado. No son 20 personas, es ella que está allí, solo que está plegada” (p. 93); idea que permite pensar que el grupo no se reduce a la suma de sus integrantes, sino que constituye una entidad compleja, compuesta por múltiples pliegues de sí misma. La relación y los vínculos que sostienen el proceso grupal se deben trabajar no como un a priori predecible, sino contemplando que cada sujeto lejos de ser una unidad aislada, se integra en una trama donde las singularidades se entrelazan y se transforman mutuamente. Siguiendo a Bauleo (1990):

(...) esa relación entre los miembros del grupo, produce una serie de interacciones que van dando como resultado una red de interinfluencias. En esa red el sujeto confronta imágenes, fantasías, vínculos. Esta confrontación es la que produciría, como efecto, modificaciones del grupo interno de los miembros. (p. 34)

Ya no se trata entonces de lograr dar cuenta sobre qué es un grupo; sino entenderlo como grado de potencia vinculado a las relaciones que le constituyen, por consiguiente preguntar: “qué puede un grupo” (Vercauteren, Crabbé, y Müller, 2010, p. 157). ¿Qué puede un grupo de la Casa? ¿Qué sentidos pueden producir sobre la salud mental?

En una actividad donde construimos una estructura de árbol con semillas de porotos en el espacio de la huerta enmarcado en el proceso de finalizar el año, se propuso escribir deseos y anhelos próximos para colocar adornando las plantaciones. Algunas de ellas exclamaban: “deseo un mundo más igualitario a pesar de nuestras diferencias”, “que sigamos cultivando la empatía, la dignidad y el encuentro”, “deseamos de corazón seguir en unión buscando la forma de sentirnos mejor”.

También recibimos una visita técnica y de estudio de estudiantes de psicología de la Universidad de Santa Cruz do Sul, Brasil, donde trazaban aportes como: “el vínculo es el camino”, “salud no es ausencia de dolencia”, “común unidad”, “otro horizonte, nuevas historias”, “resignificar a través del afecto”, “muchísima potencia, emoción, transformación, vida!”, “el amor alimenta el alma”, “si la mayor propagación del ser es el eco, que la angustia siga abriendo la boca del sujeto para el grito”.

Son pequeñas y potentes ranuras, intersticios, actos de expresión que permiten ver comunes habitando en la Casa. Da cuenta de que el dispositivo dispone de sí para alojar la heterogeneidad y multiplicidad, dejando ver otros modos de sostenimiento de la vida, de resistencia, a partir del lazo con otros. Reorganizar, re-habilitar en sentido de redireccionar las líneas de fuerza, de potencia, de deseo, hacia el encuentro, el sostén, la escucha, no solo de un equipo, sino de todos quienes hacen a la cotidianidad de la Casa.

3.2 Producción comunal y salud mental en Uruguay

¿Cómo se producen sentidos entre lo esbozado como común y la singularidad uruguaya? ¿Qué pasa en nuestro país al respecto?

El año en que se presenta este trabajo final de grado (2025) adquiere relevancia en el marco de las transformaciones actuales en el campo de la salud mental en Uruguay. Siguiendo con la Ley N° 19.529 promulgada en 2017, se reglamenta la implementación de forma progresiva del cierre de las estructuras asilares monovalentes existentes, las cuales deberán ser sustituidas por un sistema de estructuras alternativas, con fecha límite fijada para el 2025.

No obstante, la ley advierte que realizar un proceso de reforma no trata simplemente de abrir centros de manera indiferenciada, sino de transformar las lógicas desde las que trabajamos para con la salud mental, para no replicar la reproducción de los modelos institucionalizantes y manicomiales. Expresando que:

no podrán reproducir las prácticas, métodos, procedimientos y dispositivos cuyo único objetivo sea el disciplinamiento, control, encierro y en general, cualquier otra restricción y privación de libertad de la persona que genere exclusión, alienación, pérdida de contacto social y afectación de las potencialidades individuales (Uruguay, 2017, Art. 37)

Se plantea además que el ámbito de atención de la salud mental pasaría a llevarse a cabo preferentemente en el ámbito comunitario, mediante “un abordaje interdisciplinario e intersectorial orientado a la promoción, reforzamiento y restitución de los lazos sociales” (Uruguay, 2017, Art. 17).

El Plan Nacional de Salud Mental (2020) por su parte inscribe su enfoque principalmente en prestar “especial prioridad a acciones encaminadas a la eliminación de toda forma de vulneración de derechos humanos, así como a la adopción, de manera irreversible, de una lógica de recuperación basada en el involucramiento de y con la comunidad.” (p. 7)

Estos aportes nos permiten comenzar a pensar en nociones que asoman los conceptos de comunidad, comunitario, como categorías fundamentales para reconfigurar el modo en que se conciben los espacios de cuidado y atención.

Aquí me es fundamental mencionar a Giordano (2017) cuando escribe “pensar en dispositivos alternativos a los existentes que favorezcan la construcción de territorios que devuelvan la locura al campo de la vida cotidiana y los saberes sociales.” (p. 41). Desde esta mirada es importante poner en discusión qué implica realmente construir otras formas de trabajo en salud mental. No se trata únicamente de modificar dispositivos ya existentes, sino de revisarnos, de sospechar, sobre los supuestos y saberes que sostienen formas deshumanizantes de trabajo sobre la vida.

Podemos identificar los centros de atención comunitaria en salud mental como parte de las estructuras sustitutivas. La Casa se presenta como una experiencia pionera, enmarcada en el auge de la atención como foco y forma de trabajo en salud mental, disponiendo a transformaciones de los modelos de atención :internistas:asilares:manicomiales como lógicas de sentido que adormecen los cuerpos y aprisionan las condiciones de posibilidad. Cuando hablamos de promoción en salud mental, nos referimos al promover formas de encuentro, recorridos y construcción colectiva que apuesten por otros modos, aportando desde una lógica comunitaria, grupal y situada.

La dimensión de lo grupal en la Casa presenta múltiples formas de acoger sentidos, recordando que estos dispositivos surgen desde el agotamiento no solo del espacio consultorio-diván, sino de situarnos en un contexto social y político móvil, donde “lo que ayer se aceptaba silenciosamente, hoy comienza a producir inquietudes, provoca ansiedad. Aparecen preguntas, modos de resistir a las verdades instauradas que motivan y desafían el pensar” (Lee Teles, 2002, p.6).

En la medida que se da lugar a la posibilidad de que en los grupos de la Casa se realicen reorganizaciones entre las personas, se puede dar paso a producir comunes situados que escapan a las lógicas capitalistas, mercantiles, coloniales y patriarcales. Contar con espacios de intercambio desde la cogestión al proyecto y la participación del mismo permite que cuando se ve atravesado por estas lógicas se pueda poner sobre la mesa pensar en otros

modos posibles que permitan visibilizar qué pasa en el entre, qué luchas hay en juego cuando se instalan espacios para el estar en común.

En la entrevista publicada en la revista Clepios (Nº79), Percia (2017) reflexiona sobre la dificultad de nombrar los espacios de encuentro colectivo sin caer en la noción tradicional de grupo. Según el autor, este término suele asociarse con una estructura cerrada y disciplinada, lo que restringe las posibilidades de pensar otras formas de convivencia. Ante esta limitación, propone la idea de “estados de convivencialidad” (p. 69), un concepto que alude a modos más abiertos y flexibles de estar con otros.

Asimismo, el autor refiere que la palabra “estar” en singular implica una única forma de estar en relación a un(os) otro(s), lo que reduce la multiplicidad de experiencias posibles. Por ello, plantea la necesidad de pluralizar el concepto, introduciendo el término “estares”, con el fin de dar cuenta de las diversas maneras de vincularse y coexistir. Sin embargo, reconoce que este término resulta extraño al oído, por lo que presenta el uso de “estancias”, una palabra que conserva la idea de pluralidad pero con una resonancia más cercana y comprensible.

De esta forma, propone pensar en “estancias en común” o “estados de convivencialidad” como alternativas conceptuales al término “grupo”. Estas expresiones permiten imaginar espacios de encuentro donde las personas puedan cohabitar sin que una forma particular de estar predomine sobre las demás. Esta problematización invita, por tanto, a repensar la convivencia desde una lógica más inclusiva y dinámica, en la que el estar con otros no sea una forma fija, sino un proceso en transformación.

3.3 Los comunes en la Casa, ¿qué producen?

El contexto sociopolítico está atravesado por formas de organización bajo las lógicas de la sujeción capitalista, las tramas comunitarias no escapan a los efectos de la creciente inestabilidad. El avance del capital como relación social afecta no solo los modos de producción, sino que anuda en la vida en su conjunto, reconfigurando nuevas formas de emergencia social y subjetiva. En este escenario, emergen con fuerza otras formas productivas y otras problemáticas que suelen ser abordadas como asuntos de urgencia o excepción.

Los movimientos vinculados al cambio de paradigma en la Ley de Salud Mental forman parte de estas transformaciones y comienzan a ocupar un lugar en los discursos de la política pública. La población que llega a la Casa —incluyendo tanto a quienes permanecen en sus alrededores como a quienes sostenemos el dispositivo desde el equipo— estamos al margen de estas condiciones. Todos y todas habitamos este complejo entramado, donde las dimensiones sociales, económicas y subjetivas se entrecruzan y nos atraviesan.

Hablar de salud mental comunitaria implica alejarse de las lógicas hegemónicas que la reducen a indicadores de atención clínica, eficiencia o pasividad del sujeto. No se trata solamente de “curar” o contabilizar cuántas personas son atendidas ni a qué velocidad, sino de poner en cuestión qué entendemos por salud y cómo se construye colectivamente desde los territorios. En este sentido, se vuelve urgente el desarrollo de dispositivos sustitutivos a los monovalentes, que habiliten experiencias grupales capaces de generar condiciones de posibilidad para una vida digna.

De qué hablamos, entonces, cuando decimos "comunitario", si lo comunitario queda cooptado por las mismas lógicas capitalistas que ordenan la acumulación, las opresiones por género, o la medicalización de los malestares. Justamente por eso, lo comunitario debe ser aquello que resiste, que se fuga, que se rehace en la experiencia situada. La promoción de la salud mental no puede quedar atada a asuntos de presupuestos ni métricas únicamente cuantificables que no hacen sentido para las personas implicadas. Debe apostar, más bien, a una transformación paradigmática: no sólo preguntarse cuántos se atendieron, sino comenzar a indagar cómo se crean nuevas formas de organización comunal, nuevos sentidos de lo saludable, nuevos modos de estar juntos.

Es en este punto donde lo colectivo y lo comunal adquieren centralidad. Los encuentros que se dan en los talleres, en los plenarios, en la cotidianeidad del dispositivo, son espacios donde se abren posibilidades de reparación, en contraste con la cooptación que muchas veces opera sobre la figura activa del sujeto dentro del modelo médico hegemónico (Menéndez, 1985). La Casa, entonces, traza su acción desde una escucha activa y participativa, permitiendo que las personas vuelvan a habitar su voz y su potencia como herramientas de transformación.

Hubo momentos concretos donde se podían visibilizar reorganizaciones mínimas, reubicaciones que hacían sentido grupal colectivo común, se presentaban pensamientos, otras formas, a lo que era la salud para esas personas en ese momento puntual. Como ejemplo de

esto podemos pensar en los roles que se fueron construyendo en la preparación para las actividades del segundo aniversario del dispositivo, el encuentro que se realizó en bienvenida a la primavera, o el festejo de la nostalgia, donde los distintos grupos como plástica, biodanza, huerta, ensamble musical, entre otros, realizaban propuestas específicas para integrarse a la preparación de dichos encuentros.

En este marco, las dinámicas de personas en los espacios colectivos no representan una amenaza al orden, sino una posibilidad para su reorganización. Allí se tejen sentidos colectivos de pertenencia y se habilita el diálogo sobre cómo construir lo común. Esto fue potente para la salud en tanto resignificó las lógicas de inclusión y pertenencia, no solo sobre un espacio físico, la Casa, o sobre un grupo, sino a nivel de pertenencia territorial. Esto se visibilizó en relación con vínculos que lograban trascender el momento taller o plenario, así como el vínculo de las personas con el dispositivo tomando un rol esencial para la construcción de las propuestas.

Tomar lo propio de la inmanencia del intercambio en lo grupal y comunal, es decir, lo que irrumpre, lo que no nos es previsible, como potencia para crear nuevas formas desligadas a límites instituidos, como, por ejemplo las lógicas manicomiales y de encierro; situados en la territorialidad local para que decanten sentidos propios de su productividad:reproductividad significante.

El encuentro tiene efectos de reconocimiento con un otro, de disfrute, de contención, que promueven sentidos de vida digna. Cuando se posibilita reconfigurar los espacios grupales con la llegada de una nueva persona, con la ida de otras, por ejemplo, se admiten brechas que en el caso de este proyecto generan las condiciones de posibilidad de que lo participativo haga dialogar una reorganización propia y singular de esa grupalidad.

La salud mental comunitaria, así entendida, no es un fin, sino un proceso vivo, que se crea y recrea en el hacer compartido.

Por último, es fundamental el rol de los equipos técnicos y las experiencias formativas —como el practicantado— que, desde una praxis situada, permiten generar conocimiento sobre nuevas formas de saber-hacer en salud mental comunitaria. Como bien advierte Vega (2020), “cuando la participación no va unida a una distribución democrática del poder, ésta acaba limitándose a un traslado de responsabilidades hacia los actores” (p. 103). Por ello,

promover espacios donde se distribuye el poder de manera equitativa y crítica no es solo una estrategia metodológica, sino una posición ética y política indispensable para construir salud en y desde el territorio.

4. Trazos hacia aproximaciones finales

4.1 Sobre bienvenir las despedidas

Salvar la cabeza, me había dicho en la ducha. Años después me encontré con una expresión de Bourdieu que le puso nombre a esta experiencia inagotable y que en los momentos de mi vida donde todo se derrumba ha logrado mantenerme a flote: las luchas políticas por el sentido. (Fernández, 2021, p.38).

A lo largo de mi formación, muchos de los trabajos realizados fueron terminados en lo que Fernández (2009) denominó inconclusión. Esa noción me permitió situar el sentido del proceso como algo más allá de la finalización; me daba cierta calma poder colocar allí adónde iba con lo que producía, inconcluir lo que aún seguía en camino. Reconocer que el pensar y el hacer continúan incluso cuando el texto se detiene. Así, estar inconcluso no significa necesariamente estar indeciso, sino estar vivo, “*permanecer inexplicado*” (Percia, 2014, párr. 7)

Sin embargo, este trabajo —aunque también sea un trabajo— es distinto. ¿Cómo puedo delimitar hasta dónde voy a desenmarañar la forma rizomática con la que no solo este trabajo se tejió sino como toda mi formación se fue desandando?

Esta pregunta resuena con persistencia en mis propias búsquedas, y condensa una clave de lectura para comprender el modo en que pienso y me despliego en el mundo. Ya esclarecían Gutiérrez Aguilar y Navarro Trujillo (2019) que “el nudo que consideramos la columna vertebral de tal forma política: la organización de la actividad pública en torno a la delegación de la capacidad colectiva de intervenir en asuntos generales que a todos incumben porque a

todos afectan” (Gutiérrez Aguilar, 2008, como se citó en Gutiérrez Aguilar y Navarro Trujillo, 2019, p. 300). Este señalamiento resulta indispensable para situarme en un quehacer que implica un posicionamiento ético-político desde y para luchas que no solo me atraviesan, sino que me habitan y configuran afectaciones profundamente significativas. Son estas afectaciones las que traman la potencia de los encuentros de los que formo —y deforma— parte.

Reconocer esta trama implica atender a recorridos históricos, culturales, sociales, políticos, económicos e institucionales que han ido dando forma a mis modos de pensar, enunciar, hacer y ser. Tales recorridos no son estáticos ni estériles: están marcados por la vitalidad de lo cotidiano, por un porvenir amplio, complejo y transformable. Así, las pistas que se van presentando en estos ensayares no surgen desde querer develar una verdad, sino ir haciendo paso al andar. Comprenderme durante el devenir de este trabajo supone admitir que lo que comencé presentando como mis implicaciones, aún me constituyen y exceden cualquier intento de clausura; abren, más bien, interrogantes sobre cómo mis trayectorias han tejido las condiciones para disponerme de un modo singular e irrepetible durante la experiencia del practicantado.

Este ensayar representa un cierre que no se limita al cumplimiento de una etapa, sino que señala el fin de un recorrido que comenzó mucho antes de que pudiera advertirlo. Tal vez tuvo que ver con la ternura de mis abuelas, con lo enfrentado al elegir esta formación académica, con el humor y la risa compartida en el trabajo, o con mis propias dolencias. Algo, sin duda, me trajo hasta aquí, y sean cuales sean todas esas vivencias, siempre involucran a unos otros con quienes compartir el encuentro.

Hoy tengo un sentir inconcluso; y junto a esto: un habitar inquieto. Esa inquietud se fue afirmando como convicción al calor de los días vividos en la Casa, donde el estar con otros, pensar con otros y disfrutar con otros se volvió posibilidad concreta. En ese espacio, múltiples saberes me fueron compartidos generosamente, dando lugar a una experiencia de formación que no se deja reducir a una linealidad, sino que se despliega de modo rizomático.

Así, lo que aquí se escribe no es solo el cierre de un proceso académico, sino de estancias comunes (Percia, 2017) de un desandar formativo que ha hecho del encuentro una condición de existencia. El practicantado dejó un regalo invaluable: la inquietud. Esa forma de estar en

el mundo que, lejos de las certezas, sostiene la pregunta viva, el deseo de seguir pensando, de transformar.

Las preguntas que dieron impulso a este trabajo fueron diagramando un posible camino de problematización, y aún acercándolo a darle un final, hay mucho por lo que todavía vale preguntarse. Lo que aquí se ofrece no pretende cerrar sino invitar —invitar al encuentro, a seguir pensando nuestras formas de vida. No podía saber que el proceso mismo realizaría lo que proponía en un comienzo: la posibilidad de escribir desde el lugar en el que hoy me encuentro. Y la Casa sigue, y su gente sigue, y yo sigo. Porque se trata entonces de como recuerda Fernández (2007):

“Autogestionar nuestras vidas con otros que luchan no sólo por sobrevivir sino por transformar sus condiciones de vida, potencia los cuerpos, transforma nuestras existencias y conforma uno de los modos más nobles de hacer política.” (p. 270)

4.2 Algunas pistas; el último en salir que apague la luz.

Por momentos, el acto de escribir se presentaba con el desafío de no saber con claridad qué era aquello que se iba desprendiendo de las preguntas que se presentaban; no tenía que ver con develar algo que ya estaba en la Casa, la Facultad, o el practicantado, sino que el acto de escribir esta cartografía se vinculaba íntimamente con un acto de invención (Etcheverry, 2022, p. 187).

Me reconciliaba con saber que no iba a lograr poner punto final a las preguntas que realizaba y los diálogos que diagramaba; la sospecha de que aún hay por hurgar. Así, la clave estaba en no posicionarse como un a priori que existe la vida en común, sino en navegar por devenires de improvisaciones y deseos que hacen al común vivir; “cada vez que se improvisa un común estar, se inventa un deseo de vivir” (Percia, 2022, párr. 23).

Acercando el estar en composición con dar un(os) final(es) al presente trabajo es que quiero resaltar dos dimensiones:

1. Reconocer la posibilidad de habitar estancias en común como potencia para poder generar prácticas de re significación, reorganización, de la producción de subjetividad

y singularidad en vínculo con la salud mental. Las lógicas del capitalismo, el patriarcado, el colonialismo y el manicomio desvalorizan y agotan los cuidados sobre la vida, no solo promoviendo prácticas de encierro y discusiones donde el centro es el capital, sino que también reproduciendo violencias y trazando un marco limitado de posibilidades que impiden el encuentro desde la diferencia, el cuidado como camino para acompañar malestares y el disfrute compartido. Se torna necesario tomar a Zibechi (2008) introduciendo el *mundo otro*; allí surgen nuevos pensamientos donde se reconoce que hasta ahora quienes producen las teorías eran los Estados, las academias y los partidos, ahora son los movimientos quienes producen desde encarnar relaciones sociales no capitalistas.

2. Las políticas públicas se despliegan más allá de las intenciones que la fundan y del marco de referencia que la orienta, y vuelven necesario que se interroge sobre los efectos que produce en su devenir (Etcheverry, 2022, p.188); por ello, es importante dejar ver qué elementos se ponen a disposición para que los efectos y afectos de las mismas admitan la diversidad y heterogeneidad que compone a cada vida y constituyen condiciones de alojo para con la salud mental.

El apocalipsis sigue su marcha. Nuestro actual «malestar en la cultura» va en ese sentido, según parece, y así es como lo experimentamos la mayor parte de las veces. Pero una cosa es designar la máquina totalitaria y otra otorgarle tan rápidamente una victoria definitiva y sin discusión. ¿Está el mundo tan totalmente sometido como han soñado -como proyectan, programan y quieren imponernos- nuestros actuales «consejeros pérfidos»? Postularlo así es, justamente, dar crédito a lo que su máquina quiere hacernos creer. Es no ver más que la noche negra o la luz cegadora de los reflectores. Es actuar como vencidos: es estar convencidos de que la máquina hace su trabajo sin descanso ni resistencia. Es no ver más que el todo. Y es, por tanto, no ver el espacio -aunque sea intersticial, intermitente, nómada, improbablemente situado- de las aberturas, de las posibilidades, de los resplandores, de los pese a todo. (Didi-Huberman, 2012, p. 31)

Finalmente, antes de bienvenir a la despedida de estos ensayares, deseo que los trazos en esta maraña puedan brindar la posibilidad de encuentro, de pienso, de diálogo, de otros mundos posibles donde los pese a todo, su resistir y luminiscencia, produzcan un(os) lugar(es): el de la pregunta, la sospecha, el tiempo.

Ser contemporáneo sería, en este sentido, oscurecer el espectáculo del siglo presente con el fin de percibir, en esa oscuridad misma, la «luz que trata de alcanzarnos y no puede». Sería, pues, tomando el paradigma que aquí nos ocupa, darse los medios de ver aparecer las luciérnagas en el espacio sobreexpuesto, feroz, excesivamente luminoso, de nuestra historia presente. Es una tarea, añade Agamben, que exige a la vez coraje -virtud política- y poesía, que es el arte de fracturar el lenguaje, de quebrar las apariencias, de desunir la unidad del tiempo. (Didi-Huberman, 2012, p.53)

Que el último en ir, apague la luz... y vea:

(...) ¿han desaparecido verdaderamente las luciérnagas? ¿Han desaparecido todas? ¿Emiten aún -pero ¿dónde?- sus maravillosas señales intermitentes? ¿Todavía en alguna parte se buscan entre sí, se hablan, se aman, pese a todo, pese al todo de la máquina, pese a la noche oscura, pese a los reflectores feroces? (Didi-Huberman, 2012, p.33)

Referencias Bibliográficas

- Aliste Barrios, J. (2021). *La filosofía y el discurso sobre la locura: Reflexiones desde Foucault* [Tesis doctoral inédita]. Universidad de Valladolid.
- Amarante, P. (2015) *Salud Mental y Atención Psicosocial*. (Colección Salud Mental Colectiva, 7. pról. Desviat, M). Editorial Fiocruz.
- Angulo Marcial, N. (2013). El ensayo: algunos elementos para la reflexión. *Innovación Educativa*, 13(61), 107–121.
- Basail, A. (2010). [Reseña del libro *El síntoma comunitario: entre polis y mercado*, por J. M. Marinas]. *Estudios Sociológicos*, 28(82), 260–266
- Bauleo, A. (1990). Los aspectos terapéuticos vistos desde la concepción operativa de grupo. En M. De Brasi y A. Bauleo (Comps.), *Clinica grupal, clínica institucional* (pp. 31–35). Atuel.
- <https://es.scribd.com/document/755266557/Bauleo-A-De-Brasi-M-1990-Clinica-Grupal-Clinica-Institucional-Bs-as-Atuel-Editiones>
- Berardi, F. (2011). Semiocapitalismo y totalitarismo mediático (el caso italiano). deSegnis, 17, 24-32. Federación Latinoamericana de Semiótica.
- <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=606066896003>

Burgueño, M., y Ferreira, C. (2025). Participación, territorio y comunidad. La experiencia de la Casa Comunitaria de Promoción de Salud Mental del barrio Colón (Montevideo, Uruguay). *Salud Mental y Comunidad*, (18), 150–162.

<https://doi.org/10.18294/smyc.2025.5473>

Casa Comunitaria de Promoción de Salud Mental. (2024). *Propuesta metodológica talleres 2024* [Documento no publicado].

Covarrubias, A. C. (2017). La hermenéutica de la recuperación según Paul Ricœur y Bernard Lonergan. *Signos Filosóficos*, 19(37), 38–65.

<https://www.redalyc.org/pdf/343/34350519002.pdf>

De Brasi, J. C. (1995). Grupo: Multiplicidad. En *Dimensiones de la grupalidad* (pp. 91–108).

<https://es.scribd.com/document/124451103/De-Brasi-Grupo-Multiplicidad>

De Brasi, J. C. (ca. 2008). *Ensayo sobre el pensamiento sutil*. [Manuscrito inédito]

Deleuze, G. y Guattari, F. (1988) *Mil Mesetas* (Trad. J. Vázquez). Pre-textos.

Deleuze, G. (1990). ¿Qué es un dispositivo? En E. Balbier, G. Deleuze, H. L. Dreyfus, M. Frank, A. Glücksmann, G. Lebrun y F. Wahl, *Michel Foucault, filósofo* (A. L. Bixio, Trad., pp. 155–163). Gedisa.

Deleuze, G. (2008). *En medio de Spinoza* (2^a ed.; Equipo Manuloop, Trad.). Editorial Cactus.

Didi-Huberman, G. (2012). *Supervivencia de las luciérnagas* (J. Calatrava, Trad.). Abada Editores.

<https://filologiaunlp.wordpress.com/wp-content/uploads/2011/08/supervivencia-de-las-lucic3a9rnagas.pdf>

Etcheverry Catalogne, G. (2022.). *Cartografía del problema de la producción de lo común en la grupalidad*. [Tesis de doctorado. Universidad de la República (Uruguay). Facultad de Psicología].

Facultad de Psicología e Intendencia de Montevideo. (2021). *Convenio entre la Universidad de la República – Facultad de Psicología y la Intendencia de Montevideo* [Documento no publicado].

Fernández, A. M. (2007). *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Editorial Biblos.

Fernández, A. M. (2009). *Las diferencias desigualadas: multiplicidades, invenciones políticas y transdisciplina*. Nómadas.

Fernández, A. M. (2021). *Psicoanálisis de los lapsus fundacionales a los feminismos del siglo XXI*. Editorial Paidós SAICF.

Gil, S. L. (2020). Pensamiento feminista contemporáneo. (Re)pensar la política en tiempos de crisis. En *La vida en el centro: Feminismo, reproducción y tramas comunitarias*. Minervas Ediciones

Giordano, M. (2017). *Al mundo le falta un tornillo*. Universidad de la República.

Gutiérrez Aguilar, R. (2015). *Desandar el laberinto* (1.^a ed.). Tinta Limón.

Gutiérrez Aguilar, R., Navarro Trujillo, M. L., y Linsalata, L. (2016). Repensar lo político, pensar lo común: Claves para la discusión. En I. D. Inclán Solís, L. Linsalata, y M. Millán Moncayo (Coords.), *Modernidades alternativas* (Colección Modernidades alternativas y nuevo sentido común: prefiguraciones de una modernidad no capitalista). Universidad Nacional Autónoma de México.

Gutiérrez Aguilar, R., y Navarro Trujillo, M. L. (2019). Producir lo común para sostener y transformar la vida: Algunas reflexiones desde la clave de la interdependencia. *Confluências*, 21(2), 298–324.

La Diaria. (2024, 17 de junio). Trabajadores ocuparon el liceo 9 de Colón en reclamo de medidas de seguridad ante “reiterados incidentes de violencia”.

<https://t.co/HvrreD80Li>

La Diaria. (2024, 12 de agosto). Triple homicidio en Colón; las víctimas fueron identificadas tras el cotejo de ADN, se trata de dos adolescentes de 17 años y un joven de 18 años.

<https://t.co/piSE3Nk8QY>

La Diaria. (2024, 14 de noviembre). La policía que mató al adolescente de 14 años en Colón fue imputada por homicidio. <https://t.co/wlzvLIMbm7>

Linsalata, L.(2019) Repensar la transformación social desde las escalas espacio-temporales de la producción de lo común. En VV. AA. (Ed.), *Producir lo común. Entramados comunitarios y luchas por la vida* (pp. 111-120). Traficantes de Sueños.

Mamani, P. (2010). *El rugir de las multitudes: Microgobiernos barriales*. La Mirada Salvaje–Willka.

<https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/osal/20110225105916/2d1mamani.pdf>

Manero Brito, R., Rodríguez, N., y Texeira, F. (2024). Perspectivas del análisis institucional latinoamericano. Entrevista a Roberto Manero Brito. *Revista de Estudios Sociales*, 87, 119–129. <https://doi.org/10.7440/res87.2024.07>

Menéndez, E. (1985). El modelo médico dominante y las limitaciones y posibilidades de los modelos antropológicos. *Desarrollo Económico*, 24(96), 593–604.

Ministerio de Salud Pública de Uruguay. (2020). *Plan Nacional de Salud Mental 2020-2027*.

Müller, T., Mouss, O. y Vercauteren, D. (2010). *Micropolíticas de los grupos. Para una ecología de las prácticas colectivas* (Trad. J. Beirak, A. Devillé, M. Malo de Molina, E. Monroy, O. Mouss, M. Pérez, R. Sánchez, E. Rodríguez y F. Chalmeta). Traficantes de sueños.

Percia, M. (2014, noviembre). De la inconclusión, la polifonía y el dialogismo. *Mil*

novecientos sesenta y ocho.

<https://milnovecentosessentayochoblogspot.com/2014/11/de-la-inconclusion-la-polifonia-y-el.html>

Percia, M. (2017). *Estancias en común*. La Cebra

Percia, M. (2022, mayo). Sesiones en el naufragio (25): Vidas apartadas. *Revista Adynata*.

<https://www.revistaadynata.com/post/sesiones-en-el-naufragio-25-vidas-apartadas>

Reinventar lo común. (2024). *10ª Conferencia Internacional de Psicología Comunitaria*.

<https://reinventarlocmun.edu.uy/>

Saforcada, E. (2010). El concepto de salud comunitaria: una nueva perspectiva en salud pública. En: E. Saforcada, M. De Lellis y S. Mozobancyk. *Psicología y Salud Pública: Nuevos aportes desde la perspectiva del factor humano* (pp. 43-57). Paidós.

Teles, A. L. (2002). *Una filosofía del porvenir*. Altamira.

Torres, A. (2013). La comunidad como campo problemático. En *El retorno de la comunidad. Problemas, debates y desafíos de vivir juntos* (pp. 11–26).

https://contenidomoodle.s3.amazonaws.com/Recursos_educativos/Comunidad_Alfonso%20Torres.pdf

Ulloa, F. (2005, abril 5–8). Sociedad y crueldad. En *Seminario internacional La escuela media hoy. Desafíos, debates, perspectivas*. Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente, Área de Desarrollo Profesional Docente.

<https://es.scribd.com/document/217216730/Ulloa-F-Sociedad-y-crueldad-pdf#content=query:abrigodepageNum:2,indexOnPage:0,bestMatch:false>

Uruguay. (2017, agosto 24). Ley N.º 19.529: Ley de salud mental.

<https://www impo com uy/bases/leyes/19529-2017>

Vega, C. (2020). Rutas de la reproducción y el cuidado por América Latina: Apropiación, valorización colectiva y política. En M. Menéndez y M. García (Comps.), *La vida en el centro: Feminismo, reproducción y tramas comunitarias*. Minervas Ediciones.

Vélez, J. A. (1998). El ensayo: el más humano de los géneros. *El Malpensante*, (8).

<https://pdfcoffee.com/el-ensayo-el-mas-humano-de-los-generos-5-pdf-free.html>